

Solemnidad de San Pedro y San Pablo C2025

Cada nación de la tierra tiene sus héroes y campeones. Cuando viajamos por el mundo, vemos por doquier santuarios y museos, memoriales y monumentos contruidos en memoria de esos héroes.

Los héroes y campeones son admirados y celebrados por su valentía y virtud. La excelencia de su compromiso y la integridad de su vida los convierten en modelos a imitar para las generaciones más jóvenes y en símbolos a respetar para las generaciones mayores.

No solo las naciones y los pueblos tienen campeones; la Iglesia también tiene sus héroes. Los dos apóstoles, Pedro y Pablo, a quienes celebramos hoy son los héroes de la Iglesia. Son los pilares que han contribuido enormemente a la fundación de la Iglesia. Han desempeñado un papel fundamental en la vida de la Iglesia y han moldeado su estructura con su enseñanza y labor apostólica. Han contribuido al avance del reino de Dios, al crecimiento de la Iglesia y a que miles de personas de su tiempo recibieran la salvación eterna.

Ambos estaban animados por su valentía, su abnegación y su sentido de la misión recibida de nuestro Señor. En su camino apostólico, fueron guiados por Dios mediante el poder de su Espíritu Santo para afrontar peligros y aceptar sufrimientos por amor a Dios. Dieron lo mejor de sí mismos, cada uno según sus dones y talentos, por el bien de la Iglesia.

A pesar de sus diferencias en habilidades y capacidades, todos estaban guiados por un mismo propósito y un firme deseo de servir a la Iglesia de Cristo sirviendo a sus hermanos y hermanas por quienes nuestro Señor dio su vida en la cruz.

Al reunir a Pedro y Pablo en una sola celebración, la Iglesia quiere recordarnos que la Iglesia es una, pero tiene diferentes ministerios y carismas. Cada ministro ha recibido su propia vocación y dones, pero todos trabajan por la misma causa: el reino de Dios. Así es como san Pablo dio su vida por la buena nueva de Jesús en las tierras gentiles, como lo atestiguan sus diferentes cartas, mientras que san Pedro dedicó la suya por los judíos, sus hermanos. Como trabajadores de la viña del Señor, se complementan mutuamente.

Esto es cierto hoy como lo fue en el pasado. A pesar de nuestras diferencias, todos estamos llamados a trabajar juntos como un solo pueblo y para la gloria de nuestro Señor. Nuestras diferencias, sean que sean, no deben usarse para competir ni para oponernos, sino como una forma de enriquecer a la Iglesia con nuestros dones. Cuando olvidamos esta verdad, la destruimos en lugar de construirla.

Estos dos pilares de la Iglesia, Pedro y Pablo, son verdaderamente los héroes de la fe. A ellos pertenece lo que podemos llamar el heroísmo de la fe. El heroísmo de la fe no busca su propia gloria porque alguien tenga talentos, sino que está, sobre todo, al servicio del crecimiento del reino de Dios y de la proclamación del Evangelio.

En el centro del heroísmo de la fe se encuentra nuestro Señor, no el individuo. El individuo, por muy talentoso que sea, es solo un instrumento que Dios usa para su gloria. En este sentido, la persona de nuestro Señor significaba mucho para Pablo y Pedro. Cuando predicaban, siempre lo ponían a él y a su gloria en primer lugar. Nunca buscaron su propia gloria. Así, en la primera lectura vemos a Pedro aceptando el sufrimiento y la cárcel por amor a nuestro Señor, convencido de la justicia de la causa que defendía.

El medio del heroísmo de la fe es el testimonio y la convicción de vida. Sin testimonio, la fe se convierte en un mero eslogan y el ministro en un mero funcionario que cumple un deber humano, a veces fácil y otras veces pesado.

Por eso, antes de dejar la responsabilidad de la Iglesia en manos de Pedro, nuestro Señor quiso que diera un testimonio contundente y demostrara que realmente sabía con quién trataba. Y Pedro, en nombre de los doce, declaró sin vacilar que él era el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Así, con la seguridad de la confesión de Pedro, nuestro Señor puede darle autoridad sobre la Iglesia. Esa autoridad se expresa en estas palabras: «Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Te daré las llaves del reino de los cielos. Todo lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo; y todo lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo».

Hay dos cosas que debemos entender aquí. Primero, la Iglesia vive con la promesa y garantía de la ayuda de Dios hasta el fin de los tiempos. Segundo, el simbolismo de las llaves significa que Pedro tiene la confianza de Jesús. De hecho, cuando nos vamos de vacaciones, solo damos las llaves de nuestra casa a amigos de confianza para que la cuiden. Esto es lo que hizo nuestro Señor.

Esta responsabilidad de apacentar las ovejas la continúan hoy el Papa y sus sucesores. Es una tarea muy difícil que hoy recae sobre nuestro papa León XIV. Oremos por él para que sea asistido por el Espíritu Santo para cumplir la misión que le fue encomendada según la voluntad de nuestro Señor. Que Dios bendiga su ministerio y liderazgo para el bien de toda la Iglesia. Amen

Hechos 12: 1-11; 2 Timoteo 4: 6-8, 17-18; Mateo 16: 13-19



Fecha de la Homilía: el 29 de Junio, 2025

© 2025 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20250629homilia.pdf